

D'IHARCE DE BIDASSOUE

Elías Amézaga

Los retratos de los hombres de pluma vascos más que copiarlos hay que inventarlos, como los retratos robot de nuestros días, su fisonomía piérdese en la noche. Les ha faltado un pintor. Como lo tuvieron Góngora con Velázquez, Moratín con Goya o Erasmo de Rotterdam con Holbein, alguien que gráficamente les inmortalizara; también un retratista o etopeyógrafo de pluma como ellos, que trazara no sólo el compendio de sus vidas, sino la idea de cómo fueron física y espiritualmente. En suma, fueran o no de calidad, compusieran uno o mil textos, han subsistido en el desierto, ignotos para los suyos, perdidos en la mediocridad de cualquier paseante nocturno.

El caso concreto de Pierre D'Iharce de Bidassouet, historiador, hombre de letras, gramático, panfletista y geneólogo, cabe pensar que constituye una excepción. Una vez más los centros que reparten famas han venido a la periferia para anotar lo insólito. Trátase, pues, de darle a conocer como una espécimen esotérica, a la que por su rareza vendrían a ver más de una vez viajeros por la región, como a un monumento más a destacar por su tipismo y diferenciación con los que ellos hasta entonces veían.

En la Guías de Hasparren que circulaban por Francia en el primer tercio del siglo XIX figura su nombre, y al lado la razón de su cita, por ser autor de *La Historia de los Cantabros*. Los viajeros, al recalar ahí con sus prejuicios de época, de lo único que tratan es de sacarle punta a la visita. Tales plumas dislocantes sólo alcanzan a presentarnos un ser de feérica belleza, mitad brujo, mitad ensotanado profético, excesivamente pegado a los placeres del mundo. De blancas canas y ya en el declive de su vitalidad.

¿Pero fue realmente así nuestro abad? O en otra incógnita, ¿cómo era en realidad? Una vez más hay que rellenar huecos, poner en curso la imaginación, deducir de los hechos de su biografía su modo de ser y hasta su fisonomía.

No tan insólito como le pintan. Un tipo euskaldún en tamaño reducido, que no creció, que no se desarrolló del todo. Ni alto de talla ni ancho de

hombros. Menudo y nervioso. Y ya en personaje, ágil a su edad, capaz de saltar sobre un banco, subirse a un árbol o dar a paso ligero un largo paseo.

Empezaría a presentarlo por sus brazos en aspa o en cruz, brazos de predicador. No veo curvas en su forma ni ángulos prominentes en sus rasgos físicos. Su figura vacila entre la del asceta y la del hombre de acción. Un torrente de energía brota de su intimidad, que inunda sus sentidos y potencias, volviéndole invulnerable a exógenas influencias; en él no inciden los males de su época, sobre los cuales pasa como sobre ascuas; es inmune al desánimo, a la enfermedad. Todo en él es promesa, esperanza, aprendizaje de vías óptimas para la raza humana, ciencia en el progreso, la prolongación de la vida, el desarrollo de las facultades mentales; es un idólatra del diálogo y de que así un día los hombres se entiendan mejor; un progenerado al que convendría seguir, uno de los primeros tonsurados en apostar por el porvenir del hombre sobre la tierra, y no sólo en el más allá; de los que habla de los beneficios de la Revolución, de la santidad laica de la libertad.

Sólo cuando se le contradice, su boca con rayas se frunce por la contrariedad; aquellas venas hierven cuando se le menta un adversario de la libertad, del progreso. Por lo demás, qué chorros de luz deben iluminar aquellos ojos de largo alcance. Cerrándolos se le escapan los caminos, abriéndolos qué imposible que sus pies no vayan detrás a la búsqueda de no sé qué maravilla más allá del horizonte. Su piel encerraría, sin duda, en sus pliegues la sombra de los bosques, el polvo de las rutas del peregrinaje; caminar era lo suyo, siempre ir a mejor, más lejos, sin ningún género de dudas, de ahí que sus pies estuvieran hechos para andar, correr, acaso saltar de cima en cima hasta echarse a volar.

Hay quien vegeta cómodo y resignado y quien se agita en contra de su entorno. Para éste no hay paz; todo le agita y conturba. El humor le rezuma a sarcasmo y encierra en su más oscuro fondo un poso de violencia e irredentorismo. Por temor a pasar por resentido, nuestro abad modera sus ímpetus, sonrío o se burla o calla. No se propone formular una venganza, sino una réplica verbal. Escúchesele, por favor. El da una salvación, y por eso cuando se le desoye calla, y a veces, como expone demasiado y siempre está rondando el precipicio, pone los pies en polvorosa.

No le resulta difícil confundirse con otro. Es maestro en argucias. A nuestro personaje cabe presentarlo con mil caras, otros mil disfraces, a la brida de un caballo o requebrando damas, o sobre un púlpito con voz tronante, o en medio de una plaza con prédicas apocalípticas, tan protagonista de la acción que más parece que el mundo gira en su torno, una especie de telón de fondo moviéndose mientras él permanece estático. Uno tiene la pretensión, por otra parte lógica, examinando los hitos cardinales de su trayectoria vital, de que aquel ser compendia en sí el mundo entero, que está hecho para vivir cien años, que goza de tanta salud, de tan explosiva salud, que sólo se podría

eliminar a hachazos. Pierre, tan adiano como su nombre, derrocha salud a raudales, porque es su modo de vivir, a tope; tiene un poder de recuperación nada común, bastan unas horas de reposo para sentirse nuevo, renovado.

¿Veleidades eróticas tan frecuentes en el clero de su edad? No lo sé. Sin más fundamento que la irresponsable crítica de terceros y su asaz atrevida cháchara, tal hipótesis suena a gratuidad. Es vital, simplemente eso: vital. Pero su espíritu le salvaguarda de los riesgos de la carne. Conoce el mundo. Física y espiritualmente. Muchas veces no lo ve. Entonces flota por los espacios, enclaustrándose en librerías o archivos, en centros de erudición. Otras descansa. Y su descanso es caminar. Y entonces sí que palpa el mundo en su propia salsa, en los suburbios, en el hampa, en el coso público, en los soportales, en el rincón de un antro, en las chozas míseras de los labriegos. Ha pernoctado en posadas ímimas, entre arrieros y soldadotes, en figones de mala nota; al aire libre. Hundido en hábitos sacros o con la zamarra del peregrino ha cubierto muchas millas.

Y hay que suponer que no pasaría desapercibido. Y menos si habla. Como buen humanista entiende de casi todo este filósofo y moralista, geneálogo y aún filólogo que habla o chapurrea varias lenguas. Siéntese artista a medias. Escribe. Y cómo. Con el corazón. Para muchos con un magín lunático, capaz de levantar un nuevo mundo. Espétese. En su apoyo viene una lengua antiquísima, con la que atraviesa los vectores más abstrusos de la Historia.

Le falta la paciencia de un artífice. No borra. No relee porque si relee todavía recarga tintas, ensombrece panoramas. Respeta muy poco la lengua, la golpea a ver cómo suena, inventa vocablos, juega con ella. Tampoco esta francesa en la que redacta es la suya. Y lo dice. No teme declarárselo al mismísimo rey: “Si varias expresiones resultan ridículas a los panegiristas de las lenguas modernas, serán tanto más injustos censurándome, ya que reclamo su indulgencia, advirtiéndoles que soy extranjero”.

Crea historia, valga la expresión, si ésta se pierde en nebulosidades. Estoy convencido, pero no lo puedo demostrar, que como en Don Quijote hubo un ama y un cura y una sobrina pirómanos, que el día que desapareció empavesaron sus manuscritos. Y por eso la historia nos dejó un abate, ínclita personalidad de una sola pieza pero autor de obra mutilada.

El abate es una de las personas nacidas para perseguir la verdad, proclamarla, lo que significa, en otros términos, con vocación de mártir, porque no hay nada tan expuesto como decir la verdad. Hecho para mantener una línea de conducta rectilínea, sin rectificaciones, o de otro modo dicho, triturador de obstáculos que tuercen y desvían y desorientan; que no mira a derecha o izquierda, que no consulta oráculos, porque lo sabe y si no lo sabe lo intuye. Seres que asemejan bolidos, máquinas con movimiento acelerado a los que es imposible detener.

Podrían decir, como Arquímedes, dadme un punto de apoyo y moveré el mundo. Y su palanca es la fe. No creer en poderes extrasensoriales. Creer en sí. En la vibración íntima de su mente. En la lucidez de su pronóstico. En la lógica de sus deducciones. Creer en la ciencia misma es hacerla más realidad que la realidad misma. La fe mueve montañas.

Es posible que al abate Pierre le costara años formarse un ideario. Pero una vez hecho, nadie ni nada le removería ya. Reinventaría la historia si ésta dejara huecos en el vacío incapaces de llenar por las fuentes escritas; pasaría en medio de balas entre dos frentes, emergiendo vivo de la mayor de las batallas. Está hecho de piedra, es macizo de cuerpo y etéreo de espíritu; aceptó una sola compañía: Dios. Pero por lo invisible. Oyendo su voz. Si llega a aparecérselo es posible que al mismo Dios corregiría.

Y perdóneseme, pero es así como lo considero. Quizá le diera las gracias por este solo hecho: por haberle creado como es, cristiano, vasco, liberal. Escribe de sí, de su religión, de su pueblo, de la libertad.

Corre por ahí una autobiografía camuflada que contiene lo más anecdótico y periférico de su existencia, pero tan laudatoria que debió disfrazarse con la firma de un supuesto discípulo para darla al público. “Todo un hombre”, podría uno exclamar al fin de su lectura. Consecuencia: que lo suyo fue un hacer lógico a lo largo de su vida. Milagroso en más de una ocasión, como si una mano invisible le salvara en el último segundo. Que en cada cruce de esta vida adivínase qué vía va a seguir. Arrancando de atrás y enumerando su problemática de antemano se apuntará cómo resolverla. ¿Le faltó elasticidad? Sin duda. Y esto le perjudicó. O no. Debíó dar testimonio de novedades a costa de su reputación si fuere preciso. Nunca se reprochó de traicionarse o de fingir.

El abate fue lógico, dentro de su dado en llamar excéntrico proceder. Y si no se tratara por su gran personalidad, uno pensaría que tales excentricidades fueron fabricadas adrede para llamar la atención. No es así. Se mueve en ambientes hostiles. Piensa en voz alta en un país donde las gentes callan, probablemente pudriéndoseles por dentro las ideas. Si se me permite un símil, yo diría que el abate se siente como un árbol en la cúspide. Que quieran o no, el que mire al cielo tiene que verle. Le agitan vientos y tempestades, pero aun a la sombra y de noche su fosforescencia le hace visible en su exacta localización, siempre en movimiento. Póngasele en el retiro de Hasparren, en Arroltzemendi, y aquel cerro se convertirá en lugar de peregrinaje. No precisa salir a la búsqueda de las gentes a las cunetas, son éstas las que acuden con pasión. Y acuden muchos: el viandante curioso por no perderse esta reliquia viva, el médico, el naturalista, los dos saben que tienen que aprender a su lado, el escritor para admirar su independencia, el sacerdote para ver a este díscolo que se enfrenta y cómo con el obispo, el librepensador a reírle sus socarronerías, las bromas a menudo burdas de su rabelesiano humor, los

enfermos, los necesitados de una luz en el espíritu. Una espécimen tan singular llama la atención, la mayoría se vuelve sin acordarse más de la visita, más de uno probablemente quede, si no marcado para el porvenir, sí agradecido.

Los más mordaces, tras de verle, contarán la anécdota. Van a observar lo que haga, sus dichos, a medir sus liberalidades, a todos envía de su ermita con un obsequio. No sé si oficia misas paganas o invita a visitantes de paso a ceremonias religiosas dentro del templo, pero sí que cuanto hace llama la atención. Por original. Es distinto a los otros. Físicamente. Y aunque medio calvo, encantador en el trato, movido en el diálogo, “hombre de buena compañía, decidor, fecundo en réplicas picantes y en salidas ingeniosas”. En lo moral da pábulo a la contradicción. Leopoldo Lacour, que le visitó en 1834, asómbrase de verle servido por dos doncellas de andares ligeros y ondulosas cabelleras, del letrado de sobriedad, come para vivir, no vivas para comer, frente a espaciosas mesas abigarradas de viandas y espumosos líquidos, en medio de un jardín en agraz. Tampoco parece marco idóneo para un hombre que se aplica a la medicina natural y socorre a enfermos y pecadores.

El historiador da su libro, el gramático su gramática o su diccionario como un lazo de afecto filial de vasco a francés o viceversa. Y en cuanto al charlista, déjesele hablar. En esta postrera edad se recrea en el recuerdo. ¡Y tiene tantísimo que contar! Ya en la noche, junto a la chimenea del lar, rodeado de amigos, pónese en pie y fantasmagórico entre luz y sombras habla y habla y habla. Va a contar de lo que sabe y de lo que vio, que no es poco. Todo un espectáculo a este caer del crepúsculo en que la imaginación se echa a volar.

Va a repetir lo expuesto ya en *Aventures piquantes de M. l'abbé de Bidassouet par l'une de ses élèves*, opúsculo revelador de los sucesos de la época azarosa de su vida. Escrita así, en tercera persona, supone un singular proceder para adornarse sin parecer inmodesto de todas las virtudes, medio único para usar y aún abusar de virulencias contra sus adversarios.

Debió ser muy lento su despertar. Tardó en hablar. En discurrir por su cuenta. A los 16 años apenas sabía leer, anomalía frecuente que marca a futuros artífices del verbo, a Demóstenes, a Nietzsche. En escribir. Primera anomalía que le enfrenta con los niños de su edad. Supóngase, y se acertará, que éstos se burlarían del pequeño Pierre, que extraña y preocupa a sus deudos. Un tío suyo, prior, escogió sus dómines, lo que transformaría su porvenir. Qué lejos todavía del dominador de sí, del que se sabe elegido para ilustrar al prójimo a riesgo de asombrarle con inéditas verdades. Entre 1784 y 1788 estudia en Suhescun, Pau y Larresoro. En 1790, al clausurar este seminario con la constitución civil del clero, ya en plena Revolución, vuelve a casa de sus padres, dedicándose a enseñar las primeras letras a los niños. Fruto de tal docencia, la formación de un alfabeto silábico que más adelante divulgará en un opúsculo perdido por desgracia.

Ya es un hombre. Si le invita un renegado fraile so pretexto de ilustrarle cómo debe oficiar la misa, va a rehusar tal solicitud. Va a sustraerse a jurar la Constitución, lo que le impele a cruzar la frontera para ordenarse a los pies del obispo legítimo, en San Sebastián, en el exilio. Hasta tres veces, y con tres distintos disfraces, traspasa la muga. La primera, de rústico que atiza un carro de bueyes; la segunda, de pastor con su rebaño de ovejas; la última, igual que un contrabandista de oficio, con lo puesto y por los montes, por haber osado ejercer su ministerio sagrado. Esto ya en 1792, el año que encierran a la familia real en el Temple y decretan la deportación de los eclesiásticos no juramentados. Ese primero de año ya no se hará el homenaje tradicional al rey. Para el abate refractario que homenajea al Rey de Reyes en su feudo de Hasparren comienza el destierro de muchos años.

Salta a Oronoz, en el valle del Baztán, rico en fuentes y en pastos, donde todos son hijosdalgos de origen, donde tantas cosas tienen en común sus moradores, preciándose en grado sumo y con justa causa de su modelo de comunidad humana. Viene la guerra de España con Francia y pasa a ser capellán de los hospitales de retaguardia. Cuando el ejército galo penetra en Oronoz, desafiando los riesgos de caer prisionero, muy grave de consecuencias por su condición de sacerdote y emigrado, disfrázase de mendigo, recoge la Sagrada Forma del tabernáculo para evitar su profanación.

Emprende entonces la peregrinación a Santiago de Compostela, con tan mala fortuna que cae en poder de una partida de soldados a la altura de Arrigorriaga, que tomándole por espía francés pónenle ya en el paredón para fusilarle. De nada sirve que trate de identificarse. Pide permiso para hacer un acto de contricción. Y en tal crucial instante saca de su bolso una onza de oro, que ofrece al jefe de la patrulla a cambio de su salvación. Sólo así puede seguir su ruta, esta vez provisto de un salvoconducto. En la travesía por mar desde Santander a Galicia escapa a otra muerte al acecho, la de la tempestad.

En Santiago de Compostela recibe y agasaja y aún admira por sus conocimientos al canónigo de aquella catedral, hijo de Marquina, don Juan Antonio de Mugartegui, y con tal aval su exilio se vuelve menos doloroso. Durante siete años practica el pluriempleo para sobrevivir. Capellán, traductor, administrador de los bienes del canónigo. En los ratos libres sigue los cursos de Medicina en la Universidad y se documenta en la biblioteca para su historia.

Con el siglo XIX torna a sus lares, moviéndose entre Isturitz y Pau, capellán o profesor de liceo, fundador de la Institución de San Luis Gonzaga de Saint-Palais. En 1808 organiza un colegio en La Bastide, que en 1811 traslada a Hasparren, donde piensa quedarse el resto de sus días.

Y es precisamente en el retiro cuando se complica la vida. Escribe folletos. Artículos. Cartas. Sobre todo cartas. Al rey. A los amigos. Se bate por el progreso. Contra timoratos. Contra jesuitas. Contra los ultras políticos y religiosos, sin percatarse demasiado de que aquéllos mezclan ambas cosas.

Contra el superior natural, su obispo. En su folleto sobre el probabilismo, que define como proceder que escoge entre varios partidos el que parezca más seguro, y que, según su biógrafo, Ferdinand Barbe, no sirve, por escogerse no el lógico, sino el que más gusta al intérprete, doctrina de conciencia muy del gusto jesuítico. El obispo hizo recogerlo y quiso castigar a su autor. Se cuenta de él, no sé si verdad o fantasía, pero anécdota que le retrata, que todos los días, al levantarse, descargaba su viejo fusil de caza en dirección a Bayona contra monseñor, y satisfecho del deber cumplido, íbase a celebrar la misa. En realidad, este dimisionario de la víspera ya se aleja del alcance de su férula.

Y huye. Es la ocasión para dedicarse por entero a dar fin a la obra de su vida. París, Alemania, más tarde España. En 1825 el libro ve la luz en París. Es el primer tomo que anuncia otros que nunca veríamos.

El libro es fruto de 30 años de rebuscas. Divide la historia en diez épocas. Origen del pueblo vasco, su establecimiento en distintas partes de Europa, “el cuadro de los diversos gobiernos que establecieron, las instituciones que recibieron o que lograron imponerse, en fin, sus combates, sus victorias, su alianza con el pueblo altivo cuya gloria abrazó el universo; en una palabra, todas las vicisitudes que estructuran la historia de los hombres”. En la novena parte la descripción geográfica, donde aparte de a las guerras dedica un espacio al carácter, ejercicios y diversiones de los vascos; otro a la lengua, comparándola con el griego, hebreo y lenguas modernas.

Para el abate los vascos son asiáticos, llegan a Suecia y a Turquía, tienen una monarquía cantábrica antes del diluvio, van reduciéndose: son cántabros, empero, los lusitanos, gallegos, asturianos, montañeses, gascones. Tarsis, nieto de Tubal, vino a la península el 535 del Diluvio. Su gobierno pasa de una monarquía paternal, la primera de Europa, a una república confederada muy amplia que se retiró, finalmente, Ebro arriba a raíz de una sequía.

Fabre reconoce que su estilo carga por sus excesivas metáforas y neologismos; tampoco él ha pretendido adornarlo con flores de retórica. Y sin embargo es rico en color, y si un tanto chillón, refleja la personalidad de nuestro autor.

Ruega en el prólogo que antes de condenarle sus críticos, estudien la genialidad del euskera, que jamás se supo apreciar hasta entonces, y siempre se juzgó sin conocerlo.

No es difícil adivinar que en terminando la obra, que en realidad únicamente es un volumen, se tema ver asomar la sonrisa en más de uno de sus lectores, o por digerirla mal o por jugar a excéptico. Por si acaso, inserta una nota explicativa de que “tras haber pesado bien todos los ejemplos y todas las citas que produjo y anoté en fuentes de la más remota antigüedad y en los libros profanos y sagrados de más crédito”, sigue pensando que “jamás ninguna pretensión de este género reposó sobre fundamentos tan universales y

mejor basados que en los que se apoyan los vascos”. Como postrimer argumento de su prioridad, aporta el de un libro reciente de un viajero por tierras australes que recoge un diccionario indígena. Casi todas las palabras de dicho diccionario son vascas. Conclusión: o fueron sus primeros padres euskaldunes o copiaron a los naturales y ésta les habló de la misma guisa que a los vascos, sus primeros moradores.